
Revista Iberoamericana, Vol. LXXII, Núm. 214, Enero-Marzo 2006, 185-196

HACIA UN MUNDO NUEVO LATINO: LOS PERIÓDICOS HISPANOS EN
ESTADOS UNIDOS A FINES DEL SIGLO XIX

POR

KIRSTEN SILVA GRUESZ
University of California, Santa Cruz

Los latinos de los Estados Unidos han luchado y luchan constantemente contra la tendencia a caracterizar su presencia en la nación como un fenómeno nuevo. Una mirada al archivo histórico nos ayuda a resolver esta equivocación: antes de 1960 se publicaron más de 1700 periódicos en lengua hispana dentro de las fronteras actuales de la nación. Los ejemplares sobrevivientes de estos periódicos, aunque incompletos, no sólo demuestran los recursos que poseían las comunidades hispanoparlantes para llegar a la autoconciencia por medio de sus intercambios con la mayoría angloparlante, sino también sugieren una profunda red de enlaces entre distantes comunidades de imprenta (*print communities*). Lejos de ser el registro aislado de preocupaciones meramente locales, estos periódicos dialogan con redactores y lectores muy dispersos espacialmente: republicando noticias tomadas de ellos; disputando sus posturas editoriales; o simplemente mencionando sus nombres como indicación tranquilizadora de que no todo ocurría en un desierto de lengua y cultura ajenas. Estos lazos transregionales y transnacionales no se limitaban a la patria originaria de la mayor parte de un grupo determinado de lectores locales, sino que se extendían por la comunidad imaginaria de Nuestra América, aún antes de que José Martí –quien, aunque es la figura imprescindible del periodista hispanoparlante en Estados Unidos, está lejos de haber sido el primero– articulara este concepto. El siguiente ensayo trata de dos interesantes periódicos publicados durante las dos décadas anteriores a la llegada de Martí: *El Nuevo Mundo*, del puesto fronterizo de San Francisco, California; y *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada*, del centro cosmopolita de Nueva York.¹

Durante y después de la invasión estadounidense en México, varios periódicos de lengua hispana en California, Nuevo México y Tejas marcaron su descontento con el nuevo orden anglosajón. La extensión del cuerpo nacional estadounidense dentro de los antiguos territorios mexicanos requirió el desmontaje de las estructuras existentes de relaciones sociales entre los pueblos hispanos e indígenas –tarea que sería cumplida ya en gran medida antes de 1880. El historiador Leonard Pitt fecha el ocaso final de los

¹ Se puede hallar un inventario minucioso de estos periódicos en Nicolás Kanellos y Helvetia Martell, *Hispanic Periodicals*. Para un análisis detallado sobre el papel que tuvieron en el proceso de formar una cultura de prensa hemisférica, véase mi libro *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*; este ensayo es una adaptación del quinto capítulo de ese libro, y fue traducido por la autora con la ayuda generosa de Juan Poblete.

californios a fines de los 1870, década que presenció “una aceleración de la aculturación junto con el deterioro económico”, rematada por el ajusticiamiento en San José del último bandido subversivo, el aristocrático pero empobrecido Tiburcio Vásquez, y por las tensiones políticas de la época de la Guerra Civil estadounidense que convencieron a la elite de los californios de renegar de sus supuestas simpatías hacia la Confederación sureña y a asimilarse tanto como fuera posible (Pitt 229). No obstante, al mismo tiempo que el poder de las élites rancheras se desgastaba, su base comunitaria se enriquecía debido a la llegada de letrados y negociantes liberales que se instalaron, por unos meses o años en aquella frontera desolada en la provincia antes llamada Alta California después del fracaso de la Reforma de Juárez y de la ocupación francesa de México. Estos exiliados mexicanos estimularon un “mini-boom” de periódicos españoles en San Francisco y Los Ángeles: *La Voz de México*, *El Indicador*, *La Bandera Mejicana* y, sobre todo, *El Nuevo Mundo*.

El Nuevo Mundo, revista bisemanal fundada por el poeta y redactor José María Vigil, originario de Guadalajara, buscó una causa común entre mexicanos recién llegados, californios establecidos, y los mineros chilenos, peruanos y sonorenses quienes eran una parte esencial pero discriminada de la economía de servicios en San Francisco después del descubrimiento del oro. Sin embargo, esta revista “vecinal” mantuvo agencias de venta en el Perú, en Colombia y hasta en Nueva York, además de representantes en cinco estados del norte de México. Contenía anuncios de una librería en la que se vendían “periódicos españoles de Nueva York, México, la Habana, Chile, Perú, etc.”, lo cual indica un vasto y amplio sentido de comunidad transnacional de lectura. El prospecto del periódico, en la primera plana del primer número en 1864, explica su título como señal del compromiso de los redactores contra el monarquismo y a favor de cierta idea de la modernidad, que se asocia generalmente con las Américas:

La América, revelada al genio de Colón para dar abrigo al pensamiento proscrito a la conciencia perseguida, no cambiará sus inmortales destinos a la voz de monarcas... El mundo entero atraviesa en la actualidad una de las más tremendas y peligrosas crisis, viniendo a ser la América el gran teatro en que se juegan los destinos de la humanidad, pues en gigantescas proporciones se debaten en ella los grandes principios de libertad y retroceso. (*El Nuevo Mundo*, 4 nov. 1863)

Aunque fue fundado por un eminente desterrado mejicano, *El Nuevo Mundo* insistió en que iba a esforzarse por promover la solidaridad entre los americanos, utilizando la analogía fraternal que compartían el discurso bolivariano y la misma Doctrina Monroe para comparar distintas luchas de independencia en el hemisferio. La retórica antimonárquica de los editores apunta aquí principalmente a los franceses, pero corresponde señalar que la contienda entre Juárez y Maximiliano había llegado a ser representativa de un problema mayor: la creciente tendencia de las instituciones político-económicas estadounidenses de asumir un rol dominante en los asuntos hemisféricos.

El Nuevo Mundo, a pesar de su lealtad al partido Republicano (incluyó grandes anuncios gráficos para desfiles en honor de la reelección de Lincoln), mostró su voluntad de criticar incluso a portavoces importantes de la causa liberal en el Este de la nación, como el *New York Tribune*. En cierta ocasión, por ejemplo, *El Nuevo Mundo* reproduce un

artículo traducido de la revista neoyorquina que ataca a España por su “atraso” debido a su tolerancia de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico. Aunque *El Nuevo Mundo* apoyaba vigorosamente la abolición y la causa independentista antillana, la traducción del artículo del *Tribune* es seguida de una nota editorial en que los redactores amonestan al *Tribune* por categorizar “a toda la población hispano-americana de anarquía ingobernable, incapaz de la libertad”. Luego la nota editorial del *Nuevo Mundo* critica a toda “la América anglosajona”, que en aquel entonces sufría la agonizante Reconstrucción en el Sur, por su “inhumana preocupación de razas” (*El Nuevo Mundo*, 9 sept. 1864).

Notable es que los asuntos caribeños no se percibieron como aislados de los acontecimientos en México o en el pueblito de San Francisco: la oda “A España” de Pedro Santacilia, que apareció por primera vez en una antología de la poesía revolucionaria cubana en 1858, fue reproducida en *El Nuevo Mundo* bajo un encabezamiento que invitaba específicamente a los lectores mejicanos a identificarse con los sentimientos antiimperialistas del poema. (Después de ser exiliado de su Cuba natal, como sin duda sabía la mayor parte de los lectores, Santacilia había llegado a ser un líder importante de la Reforma, casándose incluso con una de las hijas de Juárez). También es significativo que el poema aparezca junto a un anuncio sobre una reunión del llamado *Club Patriótico Chileno*, organizado para proteger a los mineros contra la violencia de las turbas frecuentes en el norte de California. La juxtaposición de dos textos tan distintos en el espacio material de la página sugiere así frentes múltiples de protesta y resistencia, en los cuales el texto poético y el anuncio desempeñaban papeles semejantes (*El Nuevo Mundo*, 2 abril 1866).

De esta forma, asuntos locales, nacionales, y transnacionales se encuentran en el mismo espacio discursivo por medio de la revista. Muchos de los poemas en *El Nuevo Mundo*, como en los demás periódicos fronterizos, se identifican como textos locales, escritos en el álbum de recuerdos de alguna señorita; otros reciben su especificidad local al ser dedicados a algún amigo o al fijar la fecha y el lugar de su composición en términos conocidos por los lectores. Así reclaman a la vez la espontaneidad –por ser la voz “auténtica” del autor no profesional hablando a sus amigos cercanos– y la permanencia, a través de la imprenta. Sin embargo, los ejemplos más impresionantes de tal vacilación entre la *performance* y la permanencia son resultado de la costumbre de los redactores de publicar poemas ocasionales que habían sido declamados durante cenas y ceremonias patrocinadas por los clubes patrióticos mejicanos: brindis a los héroes liberales y burlas a Maximiliano y Carlota. Cada poema es precedido de una descripción del momento de su recitación, de la apariencia del recitador y, a veces, del tono general de la lectura dramática y de su recepción.

Las voces femeninas sobre los asuntos políticos entraron a la esfera pública de manera análoga. Luis Torres, en su valioso libro sobre los orígenes de la poesía en lengua española en California, menciona al *Nuevo Mundo* como uno de los tres periódicos más importantes y conocidos en el territorio a causa de su atención a cierto grupo de mujeres, miembros del Club Zaragoza de Los Angeles y el Club Patriótico Mejicano de Virginia City, en Nevada, ambos partidarios de la causa de Juárez. Torres las identifica como “las primeras poetas chicanas” por la hazaña de romper con el dominio masculino sobre la esfera de la prensa (Torres 278-301 y 472-76). Mientras las odas patrióticas de los escritores masculinos aparecen en la página de “Variedades” como poemas separados, las del Club femenino

Zaragoza se encuentran envueltas en una red de contextualizaciones: primero, un resumen en prosa de la historia del Club; luego la declaración que hizo la poeta antes de recitar el poema en público; y finalmente los poemas mismos. Las obras, escondidas dentro de estas cajas chinas, se presentan como ofrendas sentimentales y sacrificiales a la patria por parte de mujeres castas y respetablemente casadas; se explica también cómo sólo las circunstancias “estremadas” de la patria ocupada les habían persuadido a salir de su propia esfera doméstica. Muchos de sus maridos pertenecían, aparentemente, a los clubes patrióticos masculinos que eran la contraparte del Zaragoza. Las listas de sus miembros aparecen cerca de los poemas, como dando su permiso a tal exhibición de sus mujeres. Las “primeras poetisas chicanas”, entonces, salen al mundo público de la revista *en grupo*, con explicación extraordinaria, en el contexto de un acontecimiento social (las cenas); y sin acudir a la interioridad que es el lugar tradicional de la voz lírica.²

Si Vigil dedicó tanto espacio de primera plana a los Clubes Zaragoza fue porque pensaba que las mujeres de San Francisco podrían seguir tal ejemplo. No parece haberlo logrado, sin embargo, pues no hay mención alguna de tales clubes locales en su periódico. No obstante, sí hay en las páginas del *Nuevo Mundo* una excepción al enclaustramiento protector de la escritora –y sobre todo de la escritora soltera– en el número del 6 de julio de 1864. Esto sugiere que las circunstancias excepcionales de la ocupación francesa que había llevado a las mujeres mejicanas a la esfera pública de la prensa podían quizás extenderse de maneras aun más subversivas. Nuevamente, la página contiene un poema envuelto en una contextualización en prosa, como una perla en su concha. Se presenta el poema con una breve historia de su composición: un periódico de Lima, *El Comercio*, había publicado dos sonetos misóginos de Numa Pompilio Llona que ofrecían “una pintura muy lisonjera de la mujer físicamente considerada” e insultaban sus otras dimensiones: intelectuales, sentimentales y artísticas. Habiendo caído el ejemplar en manos de una ofendida sanfrancescana que se identifica solamente como “la señorita I.A.P.”, ésta compuso una respuesta en forma semejante y solicitó la ayuda del redactor de su órgano de prensa local para darla al público *sin revelar la identidad de la autora*. Vigil no sólo lo publica, sino que ofrece su propia alabanza de la inteligencia, destreza y compasión de I.A.P.: dice que su poema, “a par de su inconcuso mérito literario, resalta ese sentimiento celeste, esa grandeza de pensamiento propios de la mujer”. Esta frase se construye retóricamente con la pareja de “sentimiento” y “pensamiento” tomada de los últimos versos del primer soneto de Llona:

No halla en su mente, atónita, una idea,
No halla en su corazón un sentimiento!

² Véanse los números del *Nuevo Mundo* del 17 marzo, 31 marzo, y 21 julio de 1865, en los cuales hay reportajes sobre las actividades de los Clubes Zaragoza en casi todas las páginas. Dice Jean Franco en *Plotting Women* 92-101 que es notable la ausencia relativa de escritoras mejicanas durante la época nacional. En contraste con las escritoras argentinas y con cubanas como la Avellaneda, la Condesa de Merlin, y Luisa Pérez de Zambrona, las mejicanas parecen “slow to challenge the domestication of women” (93).

El sexteto del segundo soneto, que se titula “Retracción”, contesta directamente aquella negación, rebatiéndose la idea de que las mujeres ni piensan ni sienten. Pero luego sigue: “Qué *piensa* la beldad, pues ... de palacios, joyas, telas y carruajes! ... *Siente* ... seco egoísmo, vanidad, codicia!”

La refutación de I.A.P. a tal misoginia burlona también se presenta en forma de soneto, dirigido “al desgraciado autor” de los dos poemas:

Tú que así la mujer has concebido
Y con tan negras sombras la has pintado,
¿No has sido, por tu mal, jamás amado,
Ni lo que es el amor has comprendido?

¿Una madre amorosa no has tenido
Que tu sueño infantil haya arrullado,
Ni el beso fraternal, puro y sagrado,
Del labio de una hermana has recibido?

Si de una casta esposa la ternura,
De una madre el afecto sobrehumano
Hubieras conocido, en tu locura
No ultrajaras con labio audaz, profano,
A la que es el consuelo y la ventura
Del niño, del adulto y del anciano.³

En contra del humor cultivado de Llona, la respuesta de I.A.P. postula una idea clásicamente doméstica/religiosa de la femineidad: si el escritor hubiese sabido reconocer el amor de su madre –además del de su presunta hermana o el de su esposa– no habría dicho lo que afirma. La defensa de la poeta se funda, como era de esperar, en temas domésticos: “el afecto sobrehumano” de la angélica mujer y su posición protectora de otros, especialmente “del niño, del adulto, y del anciano”. Aunque empieza con un conjunto de preguntas retóricas en una voz que parece incierta, la poeta insinúa por el doble sentido de “casta” que la esposa de Llona no era de buena familia o que le había sido infiel, y que quizás su propia madre no le había amado verdaderamente. Los verbos subjuntivos en el último verso disminuyen al pobre peruano imaginándole como un bebé llorón o como un futuro viejo abandonado.

Lo más eficaz en este poema es precisamente su carácter imitativo –su repaso esmerado de la estructura del original. I.A.P. prueba con su manejo más que aceptable de la forma del soneto que la mujer sí tiene capacidad de pensamiento bien ordenado. Además, ella usa la misma táctica que emplea Llona a fines del segundo soneto, donde él de súbito modula las estructuras verbales de dos o cuatro partes que habían caracterizado la parte anterior para desencadenar un trio arrollador de vicios femeninos: “¡egoísmo, vanidad, codicia!” La respuesta de I.A.P. despliega entonces su propia trinidad retórica: “niño, adulto, anciano”. El aspecto performativo de este duelo de los géneros sexuales ya

³ *El Nuevo Mundo*, 6 de julio de 1864. Numa Pompilio Llona era redactor de *El Comercio*.

se había establecido en el prefacio del editor, en el cual se protege cuidadosamente la modestia de la “señorita” a la vez que se estimula la imaginación de los lectores al revelar sus iniciales. En efecto, la introducción de Vigil casi podría considerarse un anuncio comercial para casar a I.A.P., dado que subraya su condición de soltera y suspira ante la sugerencia de su rica vida interior: “¡Oh la señorita I.A.P. debe encerrar un alma noble y tierna!”. Además se imagina con júbilo qué pensará Llona “si esta composición llega a sus manos, como esperamos”: seducido por la misteriosa I.A.P., se arrepentiría de su venenoso ingenio, abriría los ojos, y confesaría que había sido injusto con las mujeres. De este modo, el contexto de su aparición en las páginas del *Nuevo Mundo* les permite a estos poemas un diálogo transnacional que dramatiza la lectura y la escritura como actos dialógicos y *comunitarios*.

Meses más tarde I.A.P. abandona el anonimato cuando aparece en *El Nuevo Mundo* otro poema bajo el nombre de Isabel A. Prieto, llamado “Pobre flor” y dedicado al editor, José M. Vigil. La joven había sido una niña prodigio que dominaba cuatro lenguas; y había escrito varios dramas en verso y publicado su primer poema (con el sugerente título “¡No me caso!”) antes de cumplir los dieciséis años. Junto a su padre, el profesor Sotero Prieto, pasaba el interregno francés en el norte de California. La familia volvió finalmente a Guadalajara en 1865; poco después, Isabel se casó con su primo Pedro Landázuri, diplomático, y comenzó otra vez a escribir obras dramáticas. Se puede hallar su poema “Al desgraciado autor de *Un tipo del siglo*” en sus *Obras poéticas* editadas por el propio Vigil, pero bajo otro título y sin ninguna alusión al lugar y contexto del “duelo” con Llona. Por su parte, después de abandonar San Francisco y *El Nuevo Mundo*, Vigil llegó a dirigir la Biblioteca Nacional y ganó cierta fama como poeta popular en México.⁴

En sus escritos sobre Isabel Prieto, Vigil la compara con Sor Juana por ser poetisa verdaderamente americana. No sería el único editor que propondría tal comparación. El número del 30 de junio de 1872 de *La América Ilustrada*, una revista neoyorquina a cuya consideración pasamos ahora, presenta la primera de las múltiples contribuciones de Isabel Prieto de Landázuri con una noticia preliminar del editor. Aunque las páginas de *La América Ilustrada* estén monopolizadas por los hombres, se señala que Prieto de Landázuri merece ser la excepción por ser “la distinguida compatriota de Sor Juana Inés de la Cruz, y digna rival de la Avellaneda”. De manera análoga a las de su compatriota y contemporánea María Amparo Ruíz de Burton, las obras de Prieto circularon *primero* en las Californias y *luego* en las ciudades cosmopolitas del noreste de los Estados Unidos. El poema de que hablamos, “¡Oh patria mía!”, es presentado como “una composición escrita en S. Francisco de California, en tiempo de la invasión francesa en México” pero publicado por primera vez en *La América Ilustrada*. “¡Oh patria mia!” comparte muchas características con otros ejemplos del subgénero de la poesía del exilio: anhela el paisaje

⁴ Aunque una de sus obras dramáticas, *Un lirio entre zarzas*, se republicó en 1964, sólo un ensayo crítico sobre su obra ha aparecido recientemente. Franco menciona el apoyo de Vigil a Prieto como excepción a la regla del silencio entre las escritoras mejicanas de aquella época, y nota con razón que Vigil la pinta como ángel del hogar (título de una de sus obras) y madre perfecta (*Plotting Women* 95). Para información biográfica sobre Prieto, véase Suárez Rodilla, “Isabel Prieto” 99, y de María y Campos, introducción a *Un lirio entre zarzas*, 20-24.

familiar de la patria, y se queja del Norte frío e insensible. Pero en éste, el clima ajeno es encarnado por la *niebla* en vez de la nieve:

Era una tarde como mi alma, triste;
De espesa niebla el cielo se cubría,
La ciudad a lo lejos se perdía
Medio envuelto en su lúgubre caudal ...

Al contemplar este paisaje extraño y sombrío, la hablante se permite sentir por un momento el anhelo del hogar que se ha acostumbrado a reprimir. En ese instante, recibe la visita de la Musa –espíritu alado que también extraña México y se dispone a salir de California. Dice la Musa:

“Yo no puedo vivir entre estas nieblas,
Que me sofocan en su espeso velo;
De nuestra patria el trasparente cielo
Siempre limpio y azul voy a buscar...”

Antes de irse, la Musa le promete informar a la lejana familia de la desterrada que “triste y amarga tu existencia es” sin ellos. Le asegura que volverá en cuanto la patria sea libre –acontecimiento que va a reestablecer la inspiración perdida de la poeta desolada:

Olvidarás que, tímida cantora,
Apenas osas levantar tu acento,
Dará a tu voz un noble atrevimiento,
De este triunfo, la santa majestad,
Y pulsando la lira del poeta
Que las hazañas de valor pregona,
Dando a los héroes inmortal corona
El himno entonarás de LIBERTAD.

En la última estrofa, mientras escucha esta promesa esperanzada, la poeta observa la salida de su Musa y llora aún más amargamente.

“¡Oh patria mía!” tematiza dentro del texto mismo el problema del género sexual y de la propiedad de expresarse en público: describe, explícitamente, a la poeta como “tímida cantora”, mientras la mayoría de los sentimientos patrióticos son ventrilocuizados por la figura de la Musa en vez de salir de su boca. La defensa de “I.A.P.” contra Numo P. Llona no había podido autorizar a la idealizada mujer doméstica a pronunciarse sobre asuntos políticos: el derecho de cantar “las armas y los hombres” no le era aún propio. Esta autoconciencia sobre el lugar del propio poema en la esfera pública es lo que distingue este poema de los poemas del destierro de otros escritores masculinos como Vigil y Santacilia. Pero aunque la hablante evita la mirada pública porque se siente indigna y muda, sí asocia a la musa femenina con este papel. La Musa aparece aquí como diosa de las victorias patrióticas, y reclama también un puesto de crítico literario cuando insinúa la futura fama de la desterrada entre los poetas épicos nacionales. Por supuesto, la insistencia de la hablante en su mudez es negada por la mera existencia del poema.

La pretensión de *La América Ilustrada* de ser la primera en presentar la obra de esta “distinguida señora” ante el público era errónea. El mismo poema había sido publicado hacía ya ocho años, antes de que Prieto se casara, en el número del *Nuevo Mundo* del 16 de agosto de 1864. Allí había sido presentado como una producción poética *local*, con la firma anónima de “Una mejicana.” Apareció después de las respuestas de Prieto a Llona bajo el pseudónimo I.A.P., pero antes de que se publicara el otro poema más florido bajo su nombre completo –lo que quizás sugiere que ella, como soltera, no tenía el mismo acceso que las mujeres casadas de los Clubes Zaragoza a las esferas relacionadas de la política y la poesía. No podremos saber jamás cómo Prieto habría seguido negociando para sí misma un lugar entre los valores normativos sobre el género sexual y la autoría literaria. Junto a sus hijos y esposo se mudó a Alemania cuando este último aceptó una comisión diplomática en Hamburgo, donde en 1876 la autora murió de cáncer al pecho.

Más duradero que su homónimo en San Francisco, el bisemanal *El Mundo Nuevo* publicado en Nueva York entre 1871 y 1875 (que luego pasó a llamarse *La América Ilustrada*) reitera y destaca los esfuerzos de periódicos anteriores en Estados Unidos por nutrir una comunidad de lectores transnacionales. Su particularidad fue el cultivo de relaciones explícitas con la prensa angloparlante a través de Frank Leslie, la gigantesca empresa editorial que publicaba el periódico. Desde 1854, cuando se estableció el popular y económico diario *Frank Leslie's Illustrated News*, la casa Leslie no tenía rival comparable, salvo quizás los Harper Brothers. Durante la década de 1870 fue la primera editorial estadounidense en lanzar periódicos en lengua alemana y española como parte de su creciente imperio de publicaciones especializadas. *El Mundo Nuevo*, como hacían típicamente las demás revistas Leslie, utilizaba ilustraciones llamativas, pero, a diferencia de ellas, no participó en su tendencia al sensacionalismo. Por razones desconocidas, la conexión con la casa Leslie se cortó poco más de un año después de su fundación, pero el periódico prosperó, bajo el nombre de *La América Ilustrada*, hasta 1875. Como *Harper's Weekly*, *The Atlantic Monthly*, o *The Century*, publicaciones claves en aquel momento, *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada* intentó transformar la cultura alta en una mercancía apetecible para la clase media. Abrió a sus lectores la posibilidad de relacionarse con el periódico de múltiples modos: como residentes o ciudadanos de Estados Unidos que se enorgullecían de su hispanidad cultural, como desterrados, o como miembros de una vasta comunidad hemisférica de hispanoparlantes progresistas.

El fundador de *El Mundo Nuevo* fue, en abril de 1871, Enrique Piñeyro. Piñeyro, como tantos otros letrados cubanos de su generación, se refugió en EEUU después del comienzo de la Guerra de los Diez Años en 1868. Figura activa en la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, se encargó de la redacción de su órgano, *La Revolución de Cuba*. La administración colonial le condenó *in absentia* a muerte por sus actividades sediciosas. El círculo de *La Revolución*, que incluía a Cirilo Villaverde, Eugenio María de Hostos, y a otras figuras claves de la emancipación antillana, empezó a dividirse cada vez más: unas facciones apoyaban el curso agresivo de acción propuesto por Quesada, y otras simpatizaban con las medidas más lentas y diplomáticas de Aldama. Según dice Salvador Bueno, con la fundación de *El Mundo Nuevo* Piñeyro intentó apaciguar a los dos grupos, a pesar de estar afiliado con los aldamistas (el mismo Hostos

después llegaría a ser director de *La América Ilustrada*).⁵ Las aspiraciones de Piñeyro, sin embargo, iban más allá de los intereses partidistas de los independentistas antillanos. Aunque es fácil percibir un compromiso político generalmente liberal en su periodismo, *El Mundo Nuevo* tenía la forma de “enciclopedia ilustrada” que resumía noticias internacionales y regionales; también dedicaba mucho espacio, dentro de sus lujosas dieciséis páginas de folio, a los ensayos de bellas letras; novelas por entregas; poesía; grabados descriptivos y científicos; y hasta (fugazmente) figurines de moda.

El artículo explicativo del número inaugural promete “un periódico esencialmente artístico y literario, original y americano”, y dice que aquellos adjetivos –comunes a tantos manifestos culturales desde Andrés Bello– iban a determinar la selección de temas en la revista: “viajes, noticias literarias, novelas, bien traducidas o bien originales”, “de interés general o americano”. Este ambicioso proyecto cultural se vinculaba, claramente, con las ideologías de la modernidad y el positivismo: Piñeyro ridiculiza las ilustraciones de menor calidad en otros periódicos señalando que los grabados de formato grande en *El Mundo Nuevo* (beneficio de su alianza con la organización Leslie) serán “inferiores a ninguno... en los periódicos del mundo viejo”. Insiste en que la mayor definición y calidad del grabado aumentaba la capacidad del lector de comprender el movimiento rápido y complejo de la vida moderna. Piñeyro adopta aquí el discurso de los publicistas anglosajones, como el mismo Frank Leslie, afirmando el reclamo de novedades textuales en el periodo post-independentista y la creación de lazos entre las naciones hispanoamericanas por medios culturales, sobre la base de la superioridad norteamericana en el área de las tecnologías de impresión y de los mecanismos de distribución, mejores incluso “que los de París”. El artículo inaugural proclama: “Varias son las publicaciones de esta especie que la Europa envía en castellano a la América, y todas hasta ahora han obtenido siempre crecido número de lectores. Los Estados Unidos están más cerca, ofrecen recursos cuantiosos para este género de empresas, ¿no es tiempo ya de que aparezca un periódico, de grandes proporciones, que esté respecto de los Estados Unidos, en la misma relación que otros periódicos respecto de Europa?” Por un lado, este comentario reduce Nueva York a la función de un mero conducto para el movimiento de la cultura hispana más allá de las fronteras nacionales; pero, por otro, la pregunta “No es tiempo...?” implica una preferencia de parte de los lectores por un producto *local americano*. El argumento de Piñeyro es flexible: permite que estos lectores simpaticen con *Mundo Nuevo* ya sea a causa o a pesar de sus orígenes editoriales en los Estados Unidos –lo cual permite alianzas diversas, y aún contradictorias, entre ellos (*El Mundo Nuevo*, 25 mayo 1871).

El encabezado con el nombre de la revista en su primera plana tenía un globo terráqueo con las palabras “Norteamérica” y “Sudamérica” superpuestas. Estaba, además, rodeado por una figura femenina: imagen que conserva el ideal de una América singular como inspiración si no como realidad política. La ubicación de las oficinas centrales del *Mundo Nuevo* en la ciudad más comercial del Norte no amenazaba los sentimientos políticos del lector hacia su patria, cualquiera fuera ésta: los generalizaba, en cambio, hacia todo el hemisfero. Esta lealtad a la idea americana no negaba otras afiliaciones; de vez en

⁵ Bueno, Introducción a las *Prosas* de Piñeyro, ix. Sobre los exiliados cubanos y sus actividades en Estados Unidos durante esta época, véase Poyo, *With All and for the Good of All*.

cuando la voz del redactor se dirigía a algún grupo específico, como a “nuestros lectores mexicanos”, y una columna permanente ofrecía perfiles de líderes y costumbres de varias naciones latinoamericanas. Al subrayar la *identidad* esencial de la comunidad de lectores por razones lingüísticas y geográficas, Piñeyro repetía el tema fundamental del siglo XIX: que las naciones hispanoamericanas eran como familiares, con fuertes lazos sentimentales y genealógicos. Pero lo pone también al día al insistir en que es el poder de la *prensa* lo que va a mantener unida la familia bajo las presiones de la modernización. José Martí daría voz a esta misma idea unos años más tarde.

Enfrentado al fracaso de los movimientos independentistas de la época anterior en lograr una estabilidad civil para todo el continente y en definir precisamente qué tenían en común “los países de habla española”, *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada* cae frecuentemente en el tono melancólico cuando comenta las noticias de Nuestra América. Por ejemplo, termina el reportaje sobre el viaje por Estados Unidos y Perú de José Antonio Páez, héroe de las guerras de la independencia en Colombia, con la siguiente moraleja: “los padecimientos comunes de todo ese continente” han transformado al general en “un compatriota de todos los americanos que hablan el español” (*El Mundo Nuevo*, 10 enero 1872; 25 junio 1871). Dicho de otro modo, la afiliación *política* se convierte en afiliación *lingüística*. En su salutación del año nuevo de 1872, Piñeyro señala que *El Mundo Nuevo* luchará por el “progreso y bienestar inmediato de todos los países americanos donde se habla esta hermosa lengua castellana”. En un tono paternal, Piñeyro promueve (o incluso dicta) los términos para la imaginación de una causa común entre sus lectores: avisa que no va a publicar ninguna contribución que pudiese “mantener abiertas llagas deplorables” entre la familia americana. *El Mundo Nuevo* intenta ser “campo neutral de expansión y mutuo conocimiento”, meta que promueve ignorando las diferencias entre naciones o razas excepto cuando se las presenta bajo el signo exótico del regionalismo o costumbrismo.

La lista de agencias de venta de *La América Ilustrada* hacia 1873 sugiere que la aspiración de crear esta amplia comunidad de imprenta (*print community*) había tenido éxito: incluye Ciudad de México, Veracruz, San Salvador, Ciudad de Guatemala, Ciudad de Panamá, Aspinwall, Bogotá, Cartagena, Puerto Cabello, Guayra, Caracas, Valencia, Maracaibo, Pará, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso, La Habana, Santo Domingo y San Juan. Su red de distribución *dentro* de los Estados Unidos también era impresionante. Al comienzo Piñeyro mantuvo agentes en Boston y Texas, pero bajo el segundo editor, Juan de Armas, se contrató una poderosa empresa, el American News Company, para mejorar la distribución nacional. La prensa mundial acusó entonces recibo de la publicación de *El Mundo Nuevo*: desde el *Heraldo de Lima* y *El Siglo XIX* en México hasta el pequeño *Burlington Hawk-Eye* en el remoto estado de Iowa. Pequeños artículos en el *Boston Post*, el *New York Tribune*, el *Washington Chronicle*, el *Springfield Republican* y el *San Francisco News Letter* atestiguan la circulación de la revista entre los hispanoparlantes (y aparentemente entre ciertos anglosajones que entendían español) por toda Norteamérica. Implícitamente se incluye a los Estados Unidos en la definición de un lugar americano, y por eso la comunidad imaginaria del periódico abre paso a la fundación de aquel nuevo sujeto: el latino.

La idea hemisférica surgía no sólo como ideal político/lingüístico sino también como especie de mercancía. En la última plana, entre los anuncios comerciales de zarzaparrillas

y pensiones, aparecía una noticia singular –llamativa por ser la única en lengua inglesa– que promovía las ventajas para empresas norteamericanas de publicar anuncios en *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada*. Entonces se encuentran anuncios con imágenes de cosas fabricadas en Estados Unidos para exportar a Hispanoamérica –turbinas hidráulicas, billetes de banco, armas Gatling– al lado de artículos latinoamericanos importados al mismo país: cigarros cubanos, por ejemplo. Además, hay anuncios sólo pertinentes a los hispanoparlantes residentes en los Estados Unidos: libros en español, abogados bilingües. Aunque los sujetos apelados en cada caso sean distintos, indican al menos tanto la creciente inversión del capital norteamericano en Hispanoamérica (sobre todo en el campo de la tecnología), como los comienzos de un nuevo mercado de hispanoparlantes *dentro* de los Estados Unidos.

Entre ellos se cuentan muchos de los colaboradores de *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada*, como el colombiano Rafael Pombo (desde Nueva York y Washington) y José Agustín Quintero (desde Nueva Orleans). Aunque la mayoría de sus comentarios sobre la vida estadounidense son neutros o favorables, como para enfatizar la idea de las relaciones fraternales entre las Américas, hay un artículo sobre “La moralidad pública en los Estados Unidos” que anticipa las críticas de Martí y Rodó. Llega incluso a definir el espíritu hispanoamericano oponiéndolo a los valores comerciales del Norte. Comentando un grabado de una escena de Wall Street en el cual unos banqueros ricos pasan junto a los mendigos en la vereda sin verlos, el autor anónimo concluye que “En los Estados Unidos no hay todavía más que la riqueza, la riqueza enorme pero áspera y aislada”. Como los anticapitalistas norteamericanos que alcanzarían cierta fama durante la siguiente década (la llamada Gilded Age o Epoca Dorada), el artículo culpa de esta pobreza escandalosa a la acumulación inmoral de monopolistas como “los Vanderbilts”. Acompañando esta condena, el autor manifiesta su ofensa ante la falta de comprensión de los valores católico-latinos en el Norte: “en general los magistrados y empleados del país del Dollar nada tienen que enseñar sino más bien mucho que aprender en punto a la moralidad de los de cualquier país *en que se hable nuestra lengua*” (énfasis mío) (*El Mundo Nuevo*, 10 mayo 1872).

La táctica de yuxtaponer las dos Américas, manifiesta aquí, no carece de contradicciones: en otros números de *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada* se nota gran entusiasmo por los ferrocarriles; por la resolución violenta del “problema indio” en los territorios del Oeste; y por otras marcas del “progreso” yanqui.⁶ El proyecto de comercialización de la revista, que vende en efecto su acceso privilegiado a los recursos y los compradores hispanoamericanos, sugiere que la relación que tenía *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada* frente al capital estadounidense era paradójica. Su crítica del capitalismo monopolista nunca alcanzó la profundidad de la de José Martí, basada como estaba en un sentido vago de la “moralidad” en vez de hacerlo en una teoría de la economía política. No obstante, la revista, cuyo número inicial precede en nueve años la llegada de Martí a Nueva York, reúne en sus páginas muchos componentes esenciales de su pensamiento: la visión de Nuestra América como comunidad de imprenta con base en la

⁶Sobre el ferrocarril transcontinental, véase el número del 10 marzo de 1872. Sin embargo, la revista también indagó los problemas del sistema penal en Estados Unidos; véase el número del 25 de febrero de 1872.

lengua común. En sus cinco años de vida, *El Mundo Nuevo/La América Ilustrada* desplegó así sus grandes ambiciones de ser unos de los principales órganos del mundo hispanoparlante.⁷

BIBLIOGRAFÍA

- Bueno, Salvador, ed. *Prosas de Enrique Piñeyro*. La Habana: Letras Cubanas, 1980.
- Chamberlin, Vernon A., e Iván Schulman. *La Revista Ilustrada de Nueva York: History, Anthology, and Index of Literary Selections*. Columbia, Missouri: Universidad de Missouri, 1976.
- Franco, Jean. *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*. Nueva York: Prensa universitaria Columbia, 1989.
- Gruesz, Kirsten Silva. *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2002.
- Kanellos, Nicolás, y Helvetia Martell. *Hispanic Periodicals in the United States, Origins to 1960: A Brief History and Comprehensive Bibliography*. Houston: Arte Público, 2000.
- Pitt, Leonard. *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890*. Berkeley: University of California Press, 1971.
- Poyo, Gerald E. "With All, and for the Good of All": *The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898*. Durham, NC: Duke University Press, 1989.
- Prieto de Landázuri, Isabel. *Obras poéticas*. José M. Vigil, ed. México: Imprenta I. Paz, 1883.
- _____. *Un lirio entre zarzas*. Editado por Armando de María y Campos. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964.
- Suárez Rodilla, Carlos Miguel. "Isabel Prieto de Landázuri: Una dramaturga romántica". *Cuadernos hispanoamericanos* 548 (1996): 99-107.
- Torres, Luis A. *The World of Early Chicano Poetry: California Poetry, 1855-1881*. Encino, CA: Floricanto, 1994.

REVISTAS CITADAS

El Nuevo Mundo
El Mundo Nuevo/La América Ilustrada

⁷ En su estudio sobre *La Revista Ilustrada*, también redactado desde Nueva York, Chamberlin y Schulman mantienen que aquel periódico fue el fundador de un público transnacional de lectores. Pero *La Revista Ilustrada* no apareció hasta 1886.